

## Falta de inspiración

Me encantas. Te juro que me encantas. No te miento, has logrado que mi corazón se acelere emocionado por un breve segundo. Pero, en realidad tengo que terminar algo antes. Volveré. Prometo que volveré si me acuerdo. Aunque es mucho más probable que te olvide en cuanto vea algo más “emocionante” luego. Pocas cosas se guardan en mi memoria estos días. ¿Será por la falta de tranquilidad?, lo desconozco. De cualquier forma, continuemos. Han pasado casi dos horas, cada segundo que pasa parece demasiado vacío. O muy rápido o muy lento, pero eso no importa, todo acaba por desvanecerse en minutos y horas que, aunque se sienten, no duran mucho. La verdad es que, ahora, incluso el tiempo me parece insulso en comparación a la hoja en blanco que intento llenar erráticamente en una falsa pretensión de que lo estoy intentando. Porque de verdad lo estoy haciendo. Lo juro. Lo juro por todas esas películas que me he prometido ver en cuanto termine. Por esos libros que he buscado previamente para alentarme a terminar con todo esto de la mejor manera posible. Pero, ahora, parece ser más si es que llego a terminarlo. Aunque, lo realmente importante es que llegue a hacerlo. Pero, la verdad es que no tengo ganas. Me pregunto por qué no tengo ganas. En momentos como estos incluso procrastinar es doloroso. Cuanto más evito redactar, más me tortura la sensación progresiva de miedo, ansiedad y desesperación. Desearía poder dormirme por 70 años. Tengo la seguridad de que entonces despertaría con el ánimo de terminar este trabajo. No obstante, ahora no puedo porque me falta precisamente eso: el ánimo y la voluntad. Me falta inspiración. Creo que llegado a este punto es evidente que mi máximo deseo debería ser terminar con esto y después continuar felizmente con mi vida y todas esas películas que me prometí ver. Desafortunadamente, parece que la idea de dedicarme a continuar con mi vida me resulta muchísimo más atractiva que enfrentar este trabajo escrito. Me es inevitable perderme en cualquier actividad trivial en un intento nada disimulado de evitar confrontar esa hoja en blanco, que yo juro que me pone ansiosa. Como siempre, estoy huyendo de forma descarada. Y como parte de esa estrategia ingenua, de nuevo, me estoy perdiendo en pensamientos irrelevantes. Pero, aún faltan casi 5 horas. Sé que si me lo planteo podré terminar con esto rápidamente. Aún queda tiempo. Si me lo imagino, se siente como si faltaran años para el final. Me tomé especialmente el día para terminar con esto, pero el tráfico de mis ideas parece haberse congestionado entre el primer y segundo párrafo. ¿Qué puedo hacer? Se supone que debo contar algo, ¿verdad? Una investigación que cuente cómo es que el romance en la homosexualidad masculina hizo de niñas japonesas seres libres en la ficción. Niñas que en cuerpos de niños pueden comunicar su propia voz del deseo. Me hubiera gustado contar tanto. Contar sobre cómo en la era Edo, la única forma de amor puro era posible entre hombres. Incluso imagino historias entre inupertérritos samurais y wakashus florecientes. Cómo expresarían el aprecio aquellas personalidades tan nobles, adustas e impenetrables frente a la inexperiencia de un joven wakashu. ¿Habrían dejado caer su pesada armadura y permitirse experimentar la vulnerabilidad de las pasiones? ¿Se habrían sonreído alguna vez entre sí en un momento de extraña intimidad y confianza? Me hubiera gustado transmitir la emoción que sentí cuando averigüé sobre el tema. Sobre lo poderosa que resulta la sexualidad. Y lo irónico y triste que resulta que una joven japonesa sueñe y pruebe el sabor de la libertad en fantasías literarias. En realidad, el tema fue lo

suficientemente controversial como para animarme a realizar una investigación al respecto. Pero, creo que redacté mal el primer capítulo, aunque en realidad sé que es culpa del título. Acabó por encerrarme en una investigación histórica. Cómo odio las investigaciones históricas. Me descolocan. Y ahora siento que incluso empiezo a odiar el amor homosexual masculino después de tanta repetición. Creo que la libertad que ofrece es demasiado ilusoria. En momentos así, las funestas palabras de Vargas Llosa vienen a mi mente. No puedo evitar verlas como vidas que se viven en la ficción. Qué desdichado es vivir en ficciones. Y qué desdichado resulta quedarse frente a una hoja en blanco con grandes ideas, pero con pocas ganas y capacidad de plasmarlo. Siento que mis ideas en realidad son como mariposas, baten sus alas lentamente mientras la luz de la razón se refleja en ellas de vez en cuando. Y, ahora, cuando miro el reloj, es cuando la realización de que ya solo me queda una hora y media toma forma y fuerza. El rugido del cuerno de Gondor irrumpe, y mi mente se transforma en un campo de batalla. El sol se está poniendo. En mi mente brilla rojizo un atardecer sangriento. Mi cuerpo se estremece. Siento que anticipa mi ejecución. Tengo que concentrarme. Esta vez de verdad. Bueno, veamos, hmmm ¿Cuál era el propósito entonces de estas ficciones literarias? Al final incluso parece una suerte de venganza femenina que se desarrolla en esos cuerpos masculinos ficticios, andróginos y sumamente hermosos. ¿Serán de verdad niñas en cuerpos de niños cuando se emplea la violencia en la sexualidad? Creo que en realidad sucede que llega un momento en el que el temor inicial se transforma en activa exploración que, ante el rechazo del resto, no puede evitar caer en el descaro. Recuerdo la primera vez que leí una historia de este género. Aún puedo escuchar mi corazón latir desbocado mientras el celular se elevaba en los aires y mi rostro se enrojecía ante la revelación de algo que “una niña no debería ver”. Bueno, en realidad no sucedió eso. Lo cierto es que mi corazón sí se aceleró al igual que mi pulso. Pero, fue más por la emoción de encontrarme ante algo prohibido y sumamente controversial. ¡Qué maravilloso descubrimiento! Por supuesto que leí con deleite delincencial de quien se sabe que está rompiendo las reglas. Sin embargo, no negaré que mi valentía transgresora se resumía a la privacidad de una habitación vacía. Yo y mi celular. Entonces, quizá sí sean niñas en cuerpos de niños o sólo niñas “pervertidas” que aman el amor de niños. Bueno, he vuelto a perder el punto. Debo concentrarme, queda poco tiempo y no puedo evitar revolverme en ansiedad. Creo que debería señalar que más que una crítica a la heteronormatividad, estas narrativas son más bien exploraciones ilusorias de la libertad que, no obstante, cuentan con un excelente potencial transgresor. Pero, ahora que lo pienso, suena demasiado superficial. Se supone que debo presentar premisas, ¿verdad? ¡Maldición! Se me acaba el tiempo. Media hora. Me pregunto si podría llegar a terminar en media hora. Me gustaría invocar alguna fuerza poderosa y desconocida, que posea mi alma en un ataque de inspiración maravillosa y tempestiva, permitiéndome terminar este trabajo. Vamos, sé que puedo. Bueno, en realidad no me creo por completo esa expresión, pero, al menos me da la excusa para que mis dedos vuelen sobre el teclado como si no hubiera un mañana. 9 minutos. Ya solo queda un último párrafo. En momentos así es cuando lamento no haber realizado todo esto a tiempo. Pero, de nuevo, es algo que solo recuerdo cuando el minuterero del reloj está a punto de cortar mi cabeza. Y, extrañamente, estos momentos de presión y adrenalina son extasiantes si cumples tu cometido. Aunque, bien podría ser el efecto de Kaneki mientras exclama agudamente en mis oídos que liberará al *ghoul*. ¡2 minutos...! ¡Sí! ¡Lo terminé! Solo una última revisada y...

creo que mejor lo dejo así. No tengo idea de lo que he escrito, pero no debe estar tan mal. ¡50 segundos! Solo queda subir el trabajo. No hay internet.